

San Silvestre: me da frío pensar en los niños descalzos!

No sabes cómo quiero á los muchachos! Y cómo río al oír lo que me dicen. ¿Sabes lo que me pidió ese chicuelo que apenas sabe hablar? ¡Me pidió una hermanita! Cada año me hacen más encargos. ¡Y cada año estoy más viejo!

Lámpara: ya asoma la eriza cresta del gallo en el cucú. Alumbra á mi fantasía para que deje sobre el mármol su zapatito de cristal. Es el de Cenicienta la trabajadora, humilde y pobre. Toma tú tu año nuevo; toma otro poco de mi vida. ¿No me das toda la tuya? Aun brillas; aun oigo alegres risas en mi hogar; aun canto algo en lo íntimo de mi alma. No es hora de dormir. Velemos todavía.

El gran problema del Siglo XX

El siglo XIX transformó de todo á todo las condiciones del trabajo y de la vida humana. Con las aplicaciones del vapor aceleró las comunicaciones por mar y tierra, centuplicó el comercio, multiplicó y estrechó las relaciones entre los hombres, y sobre todo, fundó la gran industria que, abaratando toda clase de artículos y mejorando su calidad, los ha puesto, los más necesarios, al menos, al alcance de todas las fortunas, elevando así el coeficiente de bienestar, de "comfort," y aun de higiene y elegancia de todas las clases sociales.

Ya no da tumbos la diligencia en los hoyancos, ni se atasca en los baches del camino; ya la carabela no "jinetea" el oleaje; ya la mujer no hace calceta doce horas diarias para cambiar de medias cada uno. El telar de mano que tejía una vara de paño en el tiempo en que se hace hoy una tapicería de los gobelinos, está relegado, á título de curiosidad á los museos; hoy se forja con pilones de veinte toneladas y no con martillos de diez libras; en la casa empacadora entra por un embudo el cerdo y por otro salen salchichas; se hacen en minutos rollos de papel continuo de muchos kilómetros y las rotativas imprimen al día millares de ejemplares de periódicos.

Todo se hace al vapor y por el vapor, en grandes masas y en cantidades prodigiosas y á precios mínimos; pero esta portentosa actividad fabril de la que no hubo jamás ejemplo ni precedente, si por una parte es creadora y fecunda, por la otra es destructora y asoladora. La caldera es una calandria que vive en el fuego y de fuego se alimenta. Por los millares de bocas de los millones de hornos en actividad, van pasando los árboles seculares de las selvas vírgenes y las potentes vetas de las mantas de carbón.

Hace un siglo, con recoger leña muerta y ramaje caído y seco, con arañear costras de turba en los pantanos secos, el hombre tenía el combustible necesario para su hogar y para su cocina; pero hace cien años que abate robles y encinos, que tala bosques, que agota yacimientos de hulla y ya se columbra una época en que, si no falte, al menos encarezca el combustible y en que la formidable industria humana, hoy robusta y vigorosa, puesta á dieta de combustible, entre en estado de anemia y se vea expuesta á morir de consunción.

Muy lejos estamos de la total despoblación de los bosques, y ya se resiente, sin embargo, de ella el régimen pluvial que mata con su escasez é irregularidad la agricultura. Más lejos aún estamos del agotamiento material de las mantas carboníferas, y la profundidad á que se les explota y la creciente demanda de combustible lo encarecen, por una parte, mientras por la otra el obrero de las minas, sintiéndose más necesario cada día, se vuelve tiránico, exigente y á cada paso de las huelgas hace surgir crisis del combustible que repercuten en la industria toda.

El siglo XIX, que ha creado el mal, ha tratado de atenuarlo; los fogones, calderas y chimeneas perfeccionadas, economizan combustible y lo consumen en menor proporción que antes con el mismo y aún mayor rendimiento en fuerza; se ensayan, y con éxito, nuevos combustibles; el gas, el



Illmo Sr. Don Jacinto López, Arzobispo de Guadalajara,

† el 31 de Diciembre de 1900

(Fot. de Mora.)

petróleo, la gasolina y el alcohol dan excelentes resultados en pequeños aparatos; pero el problema en grande subsiste y el carbón sigue siendo el exclusivo alimento de la grande industria.

La electricidad, primero, y últimamente el aire líquido, ofrecen, al parecer, una solución; pero ésta sólo es parcial y condicional. El aire líquido supone presión, es decir, supone máquinas compresoras y por consiguiente y hasta ahora, vapor y combustible; y no lo suponen menos los dinamos y motores eléctricos; tales como hoy están instalados y funcionan.

El siglo que pasó, deja, pues, un gran problema y ha suscitado una enorme dificultad al siglo que empieza. Pero si le ha presentado el problema y le ha creado la dificultad, en cambio le ha suministrado las premisas y los elementos de la solución.

Esta estriba toda en el aprovechamiento de las fuerzas naturales y su transformación en fuerzas industriales, por medio de la electricidad.

El despilfarro de combustibles es nada en comparación del desaprovechamiento de las fuerzas naturales. Soplan furiosos los vientos, corren magestuosos los ríos, se despeñan tumultuosas las cascadas, palpitan lentas é impotentes las mareas y el soplo, la corriente, la caída, la oscilación, son fuerzas activas, eficaces, é incurables é inagotables. Cuatro aspas sobre un eje, media docena de paletas al paso de la corriente, una turbina al pie de la catarata, grandes flotadores en la superficie de las olas, y la brisa, haciendo girar las aspas; la corriente, las paletas; la cascada, la turbina y

el oleaje meciedo los frotadores pondrán en movimiento los dinamos, engendrarán corrientes, cargarán acumuladores y el hilo y el cable telegráficos los transmitirán y distribuirán en talleres, oficinas, obradores y fábricas. Y esas fuerzas suman millones de cabaltas, pueden poner en movimiento todas las máquinas del mundo, no cuestan nada, no se agotan jamás, no encarecen con la huelga, bastan á la más intensa demanda y permiten desarrollo á la encina en el bosque y con él procuran lluvia que fecunda, oxígeno que vivifica, salud y vida al hombre, espiga dorada al campo y fruto succulento al huerto.

Y no habrá nada más grandioso que ver, como ha de verse, á fin del siglo que empieza, que el hombre pone al servicio de su trabajo y de su industria á los astrós que producen las mareas y los vientos, á la gravitación que hace deslizar las corrientes y precipitarse las caídas, y nada más sublime que considerarse que las giraciones del volante y del eje toman ese origen en fuerzas venidas de las estrellas desde el fondo del infinito.

Dr. J. Mora